



*Los rollos del mar Muerto plantean diversos enigmas, unos teológicos, otros muy terrenales. En un libro excepcional sobre esa pieza de interés arqueológico y religioso, el crítico estadounidense Edmund Wilson se adentra, con prosa elegante y seductora, no sólo en los objetos en sí sino en el mundo y la época en que fueron escritos. Obra de un diletante que se convertiría en experto, este volumen es una de las joyas de nuestra colección Breviarios*



RESEÑA

## Edmund Wilson, un intruso en Qumrán

AURELIO MAJOR

*& el entendido argumentos cobrara  
Prov 1:5*

**E**dmund Wilson viajó al nuevo estado de Israel en 1954 a fin de escribir un reportaje sobre el descubrimiento en las cuevas de Qumrán de unos misteriosos rollos manuscritos pertenecientes a una secta antiquísima hasta entonces desconocida, los esenios. Persuadido de la trascendencia histórica de aquel hallazgo, propuso a la revista *The New Yorker*, de la que era a la sazón su crítico literario más influyente, que patrocinara el viaje. Los rollos eran vistos en ese entonces con suspicacia, porque si bien los esenios habían sido un fenómeno desarrollado en el entorno del judaísmo, no eran propiamente judíos, y para los cristianos obligaba a una revisión de determinados presupuestos textuales y arqueológicos aceptados desde hacía casi dos milenios. El 23 de marzo Wilson desembarca en Haifa procedente de Italia y queda impresionado del entusiasta recibimiento que se le prodiga a los futuros colonos recién llegados. Entre conversaciones y entrevistas con eruditos y arqueólogos, religiosos y escépticos, viaja a Jerusalén, se pasea por el barrio jaredí de Mea Shearim, le repele el lamentable estado de la iglesia del Santo Sepulcro, viaja a Transjordania, a Tiberíades y visita a los casi extintos samaritanos. Ante la austeridad de Jerusalén y bajo un cielo inmenso, deja recogido en el cuarto tomo de sus diarios: “Es interesante pensar que las efusiones de color de las navidades y las anunciaciones renacentistas, los imponentes crucifijos griegos, las agonías y los éxtasis del arte francés e italiano, alemán y bizantino, surgieron todos de leyendas provenientes de estas serenas lomitas espolvoreadas de piedras y rebaños bajo tranquilos cielos luminosos”.

El revuelo internacional suscitado tras la publicación por entregas del reportaje dio origen un año más tarde a una versión amplia, *Los rollos del mar Muerto*, uno de los libros de Wilson que más ha perdurado en el imaginario colectivo, pues fue el primer, y du-

rante mucho tiempo único, referente para el lector no especializado (la oportuna primera edición española del FCE es de 1956). No es sólo uno de los grandes reportajes de un siglo que tuvo muchos y muy destacados, entre ellos, por ejemplo, los del propio crítico sobre la depresión económica de 1929 (*The American Earthquake*), sino que al presentar historia y erudición en un sagaz marco narrativo destinado al amplio público, dio inicio al debate, delimitó y sentó las bases de su discusión posterior, y sus ecos llegan hasta el presente, casi sesenta años más tarde. Para uno de sus informantes, en ese entonces profesor de literatura comparada de la Universidad Hebrea de Jerusalén, David Flusser, se trata de “un libro que, desde muchos puntos de vista, fue un hito en la investigación de la historia de las religiones”.

No obstante, los cristianos, detentadores de la Palabra, temían el peligro de que hubiera una nueva Palabra, y, por otra parte, para los judíos sólo ellos mismos estaban autorizados a interpretar sus escrituras, y ningún aficionado podía aspirar a poseer lo que les correspondía desde hacía siglos. Wilson había supuesto que para los israelíes el interés de un gentil en su historia y en la lengua hebrea era toda una novedad. En una carta a Waldo Frank explica que el acercamiento (en sentido histórico) a Israel por parte un anglosajón de antecedentes puritanos veterotestamentarios era algo bien distinto del efectuado por un judío rabínico o europeizado. El suyo se basaba en una restitución de la Biblia sin la experiencia talmúdica y medieval intermedia: “nunca he visto esta situación puesta de manifiesto, la mayoría de los judíos no la reconoce y la mayoría de los ex puritanos no se dan cuenta de la fuerte presencia del factor hebraico”. Así que el escéptico Wilson fue tratado por los más intransigentes ya no como un impertinente, sino como un intruso. En cambio, otros eruditos, que a la postre habrían de imponerse con los hechos, pensaban justo lo contrario: se precisaba de la lectura científica de unos

escritos que revelaron un judaísmo desconocido en cuyo entorno Cristo y sus seguidores vivieron, pensaron y escribieron. A todo ello se añadían las dramáticas circunstancias imperantes en la lucha histórica del pueblo judío por sobrevivir y reclamar un hogar nacional.

Edmund Wilson (1895-1972) ha sido considerado, con cansina pero irrefutable insistencia, uno de los grandes críticos literarios, y no sólo en Estados Unidos, del siglo xx. Fue integrante distinguido de lo que la sociología de la literatura denomina “intelectuales de Nueva York”, el conjunto de escritores progresistas (o “radicales”), y que abarca dos o tres promociones (baste citar, a guisa de ejemplo, a los críticos Alfred Kazin o Irving Howe y a las escritoras Mary McCarthy o Susan Sontag), protagonistas de la madurez de una generación literaria que coincide y continúa también a la llamada “perdida” de los años veinte, y preludia una cultura que se estaba gestando: la del nuevo internacionalismo estadounidense. Su infancia patricia y más o menos solitaria transcurrió en la biblioteca familiar de clásicos e historiadores. Su formación en la Universidad de Princeton, su alistamiento voluntario en la primera Guerra Mundial, sus iniciales incursiones en el periodismo, la convulsión que supuso la depresión económica de 1929 y la intensidad del efecto político subsiguiente en el marco de la irradiente Revolución bolchevique, acendrarón su convicción en los años treinta de que la crítica literaria ejercida desde el periodismo, en *Vanity Fair* primero, y después en *The New Republic*, *The New Yorker* hasta llegar a *The New York Review of Books* en los años sesenta, no sólo era un empeño higiénico, sino que debía asimismo, de modo esencial, formar el gusto literario de los lectores.

El procedimiento crítico de Edmund Wilson consistía en la identificación apasionada con la obra hasta desentrañar sus mecanismos para posteriormente alejarse y disponer de una distancia objetiva en el contexto de la inferencia histórica. Aunque



### LOS ROLLOS DEL MAR MUERTO

*El descubrimiento  
de los manuscritos  
bíblicos*

EDMUND  
WILSON

BREVIARIOS  
Traducción de E. S.  
Speratti y J. J. Blanco  
2ª ed., 1977, 351 pp.  
978 968 16 0942 9  
\$68

Wilson cultivó sobre todo el ensayo, el estudio, pero también el cuento, la novela corta, el teatro y la poesía reunidos en casi cuarenta libros, su celebridad se cimentaría en su periodismo literario, de precisión judicial, erudito y concentrado, atento a los hechos, presentado con una de las prosas más elegantes y atractivas de sus contemporáneos, y que le confirió una autoridad casi institucional, de un solo individuo, si se tiene en cuenta que no se sustentó en cargos públicos ni en sinecuras universitarias que pusieran en entredicho su independencia de criterio, como bien corroboró la popularidad de sus reportajes sobre los rollos del mar Muerto desde el comienzo. Al respecto escribió a su editor en Oxford: “el primero de estos ensayos, por cierto, ha demostrado tener más éxito —desde el punto de vista de las cartas y de las peticiones de reimpresión— que todo lo que haya escrito con anterioridad”. Y añade socarronamente que muchas de aquellas reimpresiones de la revista no pudieron servirse a sus pretendidos destinatarios en los seminarios y conventos por los anuncios de bañadores que acompañaban la publicación.

No pretendió que su juicio fuera de ningún modo infalible, y Wilson no descartó los matices, la polémica, la revisión propiciada por el intenso intercambio con sus colegas, con los “compañeros de viaje” ideológicos, con múltiples escritores, recogidos en las más de setenta mil cartas que escribió a mano hasta el día de su muerte. En 1967, justo antes de la guerra de los Seis Días, y a los setenta y dos años de edad, Wilson visitó de nuevo Israel a fin de añadir una larga segunda parte, una puesta al día del libro que le había granjeado tanta polémica notoriedad (en 1977 el FCE amplió esta edición vigente y muchas veces reimpresa, con un curioso y revelador intercambio entre Wilson y uno de sus críticos). En carta a uno de sus amigos íntimos, John Dos Passos, refiere que “una de las cosas que más disfruté fue dar mi apoyo moral a los estudiosos seculares que han estado trabajando en los rollos. Están siendo constantemente atacados por la iglesia católica y el conflicto se ha vuelto emocionante. Soy el único ajeno que sabe algo del asunto, y he venido a desempeñar, en relación con los rollos, un papel semejante al de Hemingway con los toros...” Hasta el final de sus días, según testimonio de Elena, su última esposa, se pudo ver a Wilson sentado en su escritorio rodeado de Biblias y diccionarios, manteniéndose al tanto de las novedades, descifrando el Antiguo Testamento y los facsímiles de los fragmentos.

Como crítico literario, y a pesar de lo que podría parecer por su superior capacidad de comprensión de la modernidad, demostrada en *El castillo de Axel* (su fundamental estudio de 1931 sobre la revolución literaria gestada por Proust, Joyce, Eliot, Stein, Valéry y otros), no fue un adalid del *modernism* angloamericano, de las vanguardias, sino que más bien se interesó en la continuidad de la tradición; en su innovación, no en su ruptura. Sus fundamentos críticos se encuentran en la historiografía francesa e inglesa del XIX (la de Taine, de Gibbon, de Michelet) y en la crítica francesa, estadounidense y británica decimonónica de De Quincey, Shaw, Poe, Arnold o Sainte-Beuve, por lo que las nuevas teorías que se desarrollaron a partir de la imposición de la obra de Eliot y Joyce en los cenáculos académicos y que dieron origen al *New Criticism*, al “alambrado de espinos” de la filología desafiada, y continuaron con los émulo y secuaces del estructuralismo y el postestructuralismo, le resultaban repelentes. Isaiah Berlin recuerda que, antes de presentarlo a sus colegas de Oxford tras la segunda Guerra Mundial, Wilson lanzó “un ataque demoleedor contra la vida universitaria y la academia”, a la que tenía por “asesina de todo lo vivo y real que hay en la literatura y el arte”. Wilson, el intruso, escribió cuando la prensa aún ejercía una profunda influencia, la crítica académica no había domesticado la sensibilidad y las clases instruidas compartían valores más o menos comunes.

Wilson gozó entonces de una formación clásica, humanista, teñida de positivismo en versión estadounidense que pretendía relajar las ataduras y severidades religiosas, pero en el contexto del club social. Leía con fluidez a los clásicos latinos y griegos, y su pasión casi “sensual” por otras lenguas lo acercó no sólo al francés, sino al alemán y más tarde célebremente al ruso. Pero infancia es destino, y su abuela paterna le había infundido las Escrituras. En *A Piece of My Mind* recuerda que uno de los momentos decisivos como lector maduro (además del descu-

brimiento de Voltaire, ya frecuentada en profundidad la obra de Stendhal, Flaubert y France, y la de Pushkin) fue la revelación de la Biblia hebrea en ejemplar recuperado en la casa de su niñez y que su madre le había legado al fallecer. Por razones familiares entonces y por pasión histórico intelectual, pues además de la consabida influencia del Antiguo Testamento en el tejido mismo de la lengua inglesa, los primeros colonos de Nueva Inglaterra se habían identificado con los israelitas perseguidos por el faraón-monarca británico hasta tal punto que muchos grupos religiosos habían sido acusados de judaizantes en aquellos primeros años de las colonias norteamericanas, este aspecto de Estados Unidos le interesaría siempre. Los miles de años de exégesis bíblica judía asimismo podían entenderse como el cimiento de la moderna crítica literaria, considerada como crítica textual con trasfondo moral. La dimensión profética que Wilson había advertido en Harriet Beecher Stowe y en Abraham Lincoln, un interés que ya había explorado en Marx y en Freud, aunado a su penetrante análisis de escritores decimonónicos como James Russell Lowell o John Jay Chapman, cuyo filosemitismo era otra máscara del antisemitismo, acrecentaron su interés en el judaísmo. En 1952 Wilson, profesor invitado en Princeton, se enfrascó simultáneamente en el aprendizaje del hebreo en el Seminario Teológico de la universidad. Estaba convencido de que ni la versión griega ni la versión del rey Jacobo del Antiguo Testamento le hacían justicia, trufado como estaba de interpretaciones cristianas. Aprendió pronto, y comenzó a indagar con diversos estudiosos sobre el reciente descubrimiento de los manuscritos en Qumrán. Las ansiosas evasivas y los silencios que siguieron a sus preguntas por parte de cristianos y judíos lo impulsaron a emprender, dos años después, su primer viaje a Israel. “Si uno se asoma al Antiguo Testamento desde el punto de vista judío, como yo lo he hecho —escribe Wilson en sus diarios—, todo parece tan judío y tan parte íntima de su tradición que cabe preguntarse cómo los cristianos y los árabes fueron capaces de adaptarlo a sus mentalidades y entornos. Para los judíos estas versiones foráneas de sus libros sagrados deben parecerles un sacrilegio y un farsa.”

Su atrevimiento imaginativo, su inmensa capacidad para compendiar las complejidades de la erudición y desechar pedanterías, su imaginación reconstructiva y análisis llevaron al célebre arqueólogo Yigael Yadin, uno de los primeros traductores de los manuscritos de Qumrán, a reconocer que: “Los rollos del mar Muerto no fueron descubiertos por los arqueólogos, sino por los beduinos, y su importancia no se puso en conocimiento del mundo por un arqueólogo tampoco, sino por un estudioso aficionado, Edmund Wilson. [...] No sólo contribuyó a que los rollos fueran conocidos en el mundo profano, sino también influyó en el modo en el cual algunos investigadores los estudiaron, pues sus escritos eran muy provocadores. Se propuso formular preguntas. Definió los puntos de vista de algunos estudiosos tal vez de un modo más audaz de lo que se hubieran atrevido a hacer ellos mismos.”

Wilson se congratuló de no verse en la obligación de adaptar sus ideas a las fórmulas, por simbólicas o racionalizadas que fueran, de la teología cristiana tradicional, aunque la contemplación del judaísmo después de convivir con el cristianismo lo llevara a sentir al principio una ausencia y a la vez un alivio al deshacerse de aquella mitología, en la cual la figura semihumana del Salvador introduce una dimensión íntima perturbadora. Pero el Dios de los judíos es remoto, no se puede escribir ni pronunciar su nombre, carece de intermediarios salvo los profetas y éstos son meros seres humanos. En la teología judía, al contrario del calvinismo, no preocupa ser uno de los elegidos, no preocupa el infierno. Se vive con Dios en una habitación vacía. ◀

*Aurelio Major, poeta, traductor y editor, compiló y prologó el amplio volumen de Obra selecta de Edmund Wilson publicado por Lumen en 2008.*

## Más allá del mar Muerto: otros libros de Wilson en el Fondo



### LA HERIDA Y EL ARCO

BREVIARIOS  
Traducción de Marcelo Uribe  
1ª ed., 1983, 307 pp.  
978 607 16 1471 1  
\$68



### VENTANA A RUSIA

BREVIARIOS  
Traducción de David Huerta y Paloma Villegas  
1ª ed., 1981, 345 pp.  
978 607 16 1502 2  
\$68

Además de *Los rollos del mar Muerto*, dos títulos más del crítico literario y escritor estadounidense alimentan el catálogo del Fondo. El primero de ellos, editado originalmente en 1929 y, desde su publicación, fuente de apasionadas lecturas y referencias obligadas, es un conjunto de siete ensayos en los que el también colaborador en *The New Yorker* examina la relación que establecen los autores y sus obras, viendo en ello un reflejo no sólo de la biografía personal sino del sistema de valores históricos, sociales y culturales que existen en el momento de su gestación. Así, analiza la producción literaria de Charles Dickens, Rudyard Kipling, Giacomo Casanova, Edith Wharton, Ernest Hemingway, James Joyce y Sófocles, arrojando luz sobre todos ellos y sus obras centrales. El segundo título, también compuesto por ensayos literarios, ofrece una ventana privilegiada para asomarse a la literatura rusa; una ruta de acceso que lejos de las interpretaciones académicas que fabricaron una idea rígida, nostálgica y realista de las letras rusas, ofrece la posibilidad de adentrarse en ellas desde la frescura y la valoración de un lector precoz que así como comparte sus primeras impresiones, valora la riqueza y giros idiomáticos que sólo el ruso puede ofrecer a la gran literatura. Y es que Wilson aprendió este idioma a los 40 años y su aproximación a Pushkin, Chéjov y Tolstoi la realiza desde ahí, desde el aparato conceptual y la sensibilidad que su trayectoria como crítico literario le brindan, pero también desde la lectura directa y filtros que el conocimiento de una lengua hace posible. Cabe destacar que ambos volúmenes están traducidos por poetas: por Marcelo Uribe el primero, y por David Huerta y Paloma Villegas el segundo, lo que permite que la prosa original de Wilson brille con la misma lucidez en nuestro idioma.